

CHE AMAME

Obra de teatro en tres capítulos



Imagen: Venus dormida, de Giorgione

Autora: Natalia Buyatti

Derecho de Autor ley 11723 n° 43848990

“De pronto, estridentemente, se escuchó un chamamé. Parecía ser una radio, encendida a todo volumen. El bandoneón chillaba, mal sintonizado, y un dúo cantaba un amor perdido en medio de palmeras y arenales interminables. Ramiro se removió, inquieto, y se enojó consigo mismo por todo lo que estaba pasando. No había sabido ser frío, prudente. ¿Por qué se había descontrolado? ¿Cómo era posible que por su calentura se hubiese convertido en violador y en asesino? Se reconoció amargado, furioso, y dio una trompada a la pared, que le respondió con un ruido seco, ahogado, y un ardoroso dolor en el metacarpo. “Es que es hermosa, carajo, diabólicamente hermosa”, se dijo, pensando en Araceli. ¿Pero cómo un tipo como él podía haberse enloquecido de ese modo? Y sí, podía. Cada vez que se lo cuestionaba, debía reconocerlo: esa chica era el demonio reencarnado; Mefistófeles que vino a cagarme la vida. Sonrió a la oscuridad, pero fue una sonrisa triste”.

Mempo Giardinelli

Luna Caliente, página 54.

Personajes:

Padre

Hija

Se aconseja que la representación de la obra se desarrolle con el tiempo que llevan las personas en un pueblo pequeño cuando no tienen nada para hacer.

Las situaciones pueden estar llenas de largas pausas y silencios. No están especificados.

CAPÍTULO UNO

La ignorancia es la cura

Habitación. Una cama. Una biblioteca. Nada más. Libros para leer y un colchón para dormir. No hay nada más. Podría haber un ventilador, con el calor que hace. Pero no. No hay. No hay nada más. Nada más que un colchón y libros. Los libros pueden servir para leer, para abanicarse, para matar moscas y mosquitos, para apoyar el vaso, para armar una escalera y llegar a los libros más altos, o al techo, o al cielo. Hay muchos libros. De todos los colores, de todos los tamaños, de todas las edades. Nuevos, sin leer, viejos, rotos, gastados, de tapa dura y mucha importancia, chiquitos que se pierden porque pasan desapercibidos y son tragados por el resto. Muchos libros. Son todos del padre, que es ciego y ya no los puede leer. No sin ayuda.

Él se encuentra parado, con sus pies enraizados al piso. Entre sus manos tiene un paquete de galletitas rellenas de chocolate, sus preferidas. Tratando de no hacer ruido, saca una. Con cuidado de que no se rompa, separa las tapas dejando el relleno al descubierto, lo lame hasta que se disuelve por completo. Una vez que las tapas quedan limpias se las come en pequeños mordiscones. Después saca otra, en silencio, y repite el ritual.

A su lado se encuentra la cama donde duerme la hija. La sábana blanca se cayó a un lado. La luz es tenue pero se logra ver cada detalle, como cuando la luna está llena e ilumina desde la ventana. El ambiente está espeso y el calor es abrumador como enero en el Norte Argentino. Ella está casi desnuda. Es difícil saber su edad, podría ser una adulta aniñada o una niña muy adulta. Es flaca y sus piernas son largas, teñidas de sol. La piel le brilla por el efecto de la humedad. Eso la hace todavía más hermosa. Se puede escuchar su respiración. Es débil y entrecortada. La inspiración es breve. El aire casi no entra a su cuerpo.

PADRE.- Es una pesadilla. Nada más. Hija. Hijita despertate. Estás respirando mal. Sentate. Quedate tranquila. Respirá lento. Eso. De a poquito. Eso, muy bien. Tranquila. Ya va a pasar. Era una pesadilla nada más.

HIJA.- ¿Qué hora es?

PADRE.- Son las cuatro. Es temprano todavía. Seguí durmiendo.

HIJA.- ¿Vos qué hacías despierto?

PADRE.- Nada, te hacía compañía mientras dormías.

HIJA.- Tenés que dormir papá.

PADRE.- Me había agarrado hambre.

HIJA.- No descansás nunca.

PADRE.- Es que no me canso.

HIJA.- Estaba soñando de nuevo con alacranes. No sé qué significa, pero todas las noches sueño que estoy sola y se me aparece uno, y cuando lo quiero pisar se desaparece, de repente desaparece, no lo veo más. Después se me aparece otro por el otro lado, o es el mismo, no sé, y se queda paradito, inmóvil, hasta que yo me muevo rápido para alcanzarlo y desaparece. Es como si lo hiciera a propósito, como si me provocara. De repente aparecen un montón de alacranes parados en toda la habitación, todos mirándome a mí. Yo me voy alejando, camino hacia atrás, muerta de miedo. Ellos no se mueven, solamente me miran, como si me controlaran. Yo sigo retrocediendo hasta que me choco con la pared y me doy cuenta de que no tengo forma de salir de ahí. Cuando me quedo quieta estampada en la pared los alacranes empiezan a avanzar hacia mí. Y a mí me empieza a faltar el aire, me sofoco, aunque sé que no me van a hacer nada, solamente quieren mirarme de cerca. No sé qué significa. Puede ser una advertencia, como si fuera a pasar algo, una premonición.

PADRE.- ¿Y ese qué ruido es?

HIJA.- Debe ser mamá.

PADRE.- Se ve que ella tampoco puede dormir.

HIJA.- Papi, ¿te acordás de mi cumpleaños de cinco que vos y el tío hicieron el show de magia, y que a mí me sacaron un conejo de la galera y a la Juli un pato? Siempre me acuerdo de ese pato. Se lo habían regalado para que no se ponga celosa. Me acuerdo de que, como hacía mucho calor, lo poníamos en una palangana de agua. La Juli lo levantaba del cogote y lo metía en el agua, lo hundía y lo volvía a levantar. Bien agarrado del cogote. Con fuerza. Era muy gracioso. Y se terminó muriendo. Me acuerdo de las patitas, las estiraba como queriendo hacer pié y las movía rápido. La Juli se re divertía haciendo eso. Yo también me reía mucho mirando. Pero después cuando se murió lloró un montón. Me parece que se dio cuenta de que ella lo mató. Por eso para que no esté triste le compraron como diez patitos más, eran un montón, pero más chiquititos. Pero después se murieron todos, los mató ella, y no compraron más.

PADRE.- No me acordaba.

HIJA.- Ella siempre se ponía celosa.

PADRE.- Me decía que yo te prefería a vos.

HIJA.- Después de ese cumple supe que quería ser artista, quería que la gente me vea, que nadie pueda mirar para otro lado, como los magos.

PADRE.- Ibas siempre toda disfrazada.

HIJA.- ¿Y te acordás de la tortuga?

PADRE.- De eso sí me acuerdo. No la vi, estaba cortando el pasto y no la vi. Me encandiló el sol. ¡Qué va a ser!

HIJA.- Pobrecita, le quedó el caparazón partido en un montón de pedazos.

PADRE.- Bueno, tanta charla ya me dio ganas de tomarme unos mates.

HIJA.- ¿Querés que vaya yo?

PADRE.- No, qué vas a ir. Encima que te desperté.

Él sale de la habitación lentamente, paso a paso. Ella le habla desde adentro.

HIJA.- ¿Qué hacías con este libro?

PADRE.- Estaba buscando uno pero no sé si es ese. ¿Cómo se llama?

HIJA.- Santo Oficio de la Memoria.

PADRE.- Sí, ese buscaba.

Ella se queda hojeándolo hasta que su padre vuelve con los mates listos.

HIJA.- ¿Querés que te lea?

PADRE.- Leeme la página 66.

HIJA.- “Hipólito quería ser diputado radical. Decía que el nombre lo ayudaba, pero no su falta de vocación. Lo único que le interesaba era vivir intensamente, amar con desesperación y con una generosidad como jamás le vi a otro hombre, y eso que he conocido a muchos. No era un virtuoso y sí un sujeto lleno de pecados y autor de pequeños delitos, inclusive, que se descubrían por casualidad. Porque yo creo que ni maldad real tenía, sólo una incorregible irresponsabilidad como la de engendrar tantos hijos: seis como local y cuatro de visitante, decía, pues había mantenido dos hogares, uno legítimo y uno espurio. Eso fue tiempo antes de que yo lo conociera y cuando él decía de sí mismo que era ordinario como diente de madera, conmigo olvidate de sofisticaciones, a mí lo que más me jode son los chismes del pueblo. Un día se le armó la gorda porque fue a una mueblería de Andy Kohen a encargarse un juego de dormitorio y se olvidó de precisar a dónde quería que lo enviaran; y como simplemente había dicho mi señora te paga, al día siguiente llegó un camión con los muebles a la casa de la señora de Solares que no era. Naturalmente esa esposa desconoció el envío pero se dio cuenta de que los muebles eran para la del estadio visitante, y armó un escándalo tal que Hipólito acabó por irse de esa casa, no sin antes regresar a la mueblería, mandar al ruso a la mierda y decirle ahora te jodés porque no te pago nada. Cosa que por supuesto cumplió”.

PADRE.- Podrías hacer algo así algún día, esas historias de vida tenés que actuar, algo gracioso.

HIJA.- Vos siempre me pedís lo mismo, algo entretenido, una comedia, pero a mí no me sale. No me sale nada cómico. No sé. No me puedo tomar las cosas con humor, me gustaría, pero no me sale. A mi me gusta hacer cosas simples. Cosas cotidianas, que le pueden pasar a cualquiera. Como esto, por ejemplo, una conversación de un padre y una hija, no se dice nada importante, o sí, no sé. Depende para quién, para mí sí es importante. El tema es que las cosas simples no le interesan a nadie, a quién le importa algo simple, a quién le importa por ejemplo que hoy yo me haya despertado temprano porque tuve una pesadilla. Porque eso le puede pasar a todo el mundo, no sé si le puede interesar a alguien. A mí sí me gustan esas cosas.

De repente, oscuridad.

HIJA.- Se cortó la luz de nuevo.

PADRE.- Siempre lo mismo. Es que en verano todo el mundo prende el aire acondicionado, el ventilador, todo junto. Hace un poco de calor y ya te prenden el aire en diecisiete grados. La gente no aprende. Todos los veranos lo mismo. Y después encima se quejan de que se corta luz. A mí ni me molesta, si total a la luz ni la veo y ventilador no tengo. La actitud de la gente me molesta. Por eso no me gusta salir. La gente ve cualquier cosa y comenta. “¡Mirá cómo se cortó el pelo! ¡Parece que hoy anda apurado el señor que ni siquiera saluda! ¡Pobrecito, al final se terminó quedando ciego!”. Me irrita.

Vuelve la luz.

HIJA.- ¿Me podés traer el remedio papá?

PADRE.- ¿De nuevo no podés respirar?

HIJA.- Me cuesta.

PADRE.- Ya lo traigo.

HIJA.- No, dejá voy yo.

PADRE.- Voy yo, puedo solo.

Ella se sienta en la cama trata de respirar profundo, hace fuerza, pero no puede, se agita. El padre vuelve caminando cerca de la pared. Le da el remedio. Ella se hace dos disparos mientras inhala profundo y retiene el aire. Él se sienta a su lado, le apoya una mano en la espalda e intenta calmarla. La hija sigue respirando con dificultad.

PADRE.- Es porque estás mucho tiempo acostada. Parate. Caminemos un poco.

HIJA.- No quiero.

PADRE.- Dale, vení conmigo. Te va a hacer bien.

HIJA.- No tengo ganas.

PADRE.- Si te quedas acostada es peor. Vamos. Yo te llevo. Caminamos despacito.

HIJA.- Siempre me dicen que me tengo que levantar cuando tengo un ataque, pero yo siento como si la cama me absorbiera, se me va la fuerza. Yo sé que me tengo que parar, pero no me dan ganas. Si fuera por mí, me quedaría acostada sin respirar. Me da lo mismo respirar con tal de no levantarme.

PADRE.- Dale, llevame a dar un paseo.

HIJA.- Está bien.

Él la agarra del brazo con fuerza hasta que consigue levantarla. Caminan juntos dando vueltas alrededor de la habitación mientras conversan pausadamente y sin apuro. Al final, parece ser ella quien lo lleva a él.

HIJA.- Hace poco alguien me dijo que los asmáticos no es que sufren de falta de aire sino que en realidad es que no pueden expulsarlo y entonces los pulmones quedan llenos de aire viejo y podrido. Yo me doy cuenta de eso, de que me cuesta largar el aire. Pero también me parece que mi inspiración es muy corta, o por lo menos me gustaría que fuera mucho más

larga. Quisiera que me entre todo el aire de una sola vez. PUM. Llena de aire. Pero no, me duele un poco, se traba en la garganta y llega a un punto en que no avanza más, no entra. Es que en realidad yo soy más de soltar que de almacenar. Aunque debe ser lindo, poder almacenarse un poco de aire para cuando falta.

PADRE.- Cuando eras bebé y tomabas la teta, no podías comer y respirar al mismo tiempo. Me acuerdo que abrías grandes los ojos para que te ayudáramos y con tu mamá corríamos al hospital a ponerte el oxígeno.

HIJA.- Se cortó la luz de nuevo.

PADRE.- Seguro va a ser así todo el día.

HIJA.- Ayer cuando salí a dar una vuelta escribí algo.

PADRE.- No sabía que escribías.

HIJA.- No, no escribo. Casi nada. Pero te escribí algo para vos. No tiene mucha importancia, pero me dieron ganas de escribirte algo.

PADRE.- ¿Me lo lees?

HIJA.- Está oscuro.

PADRE.- Después entonces.

HIJA.-Te lo digo, creo que me lo acuerdo. Pero no te rías. Es una lista.

PADRE.- No me río.

HIJA.- Una señora camina lento con los ojos tristes,

un señor habla de plata por teléfono

(algo le salió cien pesos más de lo que le debería haber salido).

Otro señor apoya su maletín porque está viejo y cansado,

un hijo le discute algo a su madre pero no entiendo qué,

una farmacéutica está apurada pero sí tuvo tiempo de alisarse el pelo,

un chico tiene un tatuaje hermoso en el brazo

(es de color azul, rojo y negro, no llegué a ver bien porque pasó rápido pero creo que era una calavera).

Una señora combinó una campera roja con unos zapatos del mismo color.

Otra señora lleva un carro que debe pesar lo mismo que ella.

Ese señor es parecido a vos pero con el pelo largo,

no me gusta cómo le queda y camina diferente,

más parecido al resto del mundo.

Vos tenés una forma particular de caminar,

con las puntas de los pies para los costados.

A mí me gusta cómo caminás vos porque te reconozco desde lejos.

PADRE.- Deberías escribir más seguido.

HIJA.- Volvió la luz.

PADRE.- ¿Cuándo lo escribiste?

HIJA.- Ayer cuando salí, te lo había dicho.

PADRE.- ¿En qué momento saliste?

HIJA.- A la siesta.

PADRE.- ¿Cómo no me di cuenta?

HIJA.- Fue después de almorzar. Vos y mamá se habían quedado dormidos.

PADRE.- ¿Por qué no me avisaste?

HIJA.- Estabas dormido...

PADRE.- ¿No pensaste que por ahí me hubiera gustado acompañarte?

HIJA.- Pero si no querés salir nunca.

PADRE.- ¿No se te ocurrió preguntarme?

HIJA.- No, no sé.

PADRE.- ¿Fuiste sola?

HIJA.- Sí.

PADRE.- ¿Qué anduviste haciendo sola?

HIJA.- Fui a un bar y me quedé mirando por la ventana.

PADRE.- ¿Sola?

HIJA.- Sí.

PADRE.- ¿No te dio miedo?

HIJA.- No.

PADRE.- ¿No te aburraste?

HIJA.- No. Me gustó.

PADRE.- ¿No lo llamaste a tu amigo para que te acompañe?

HIJA.- No. No se me ocurrió.

PADRE.- ¿Hace cuánto no lo ves?

HIJA.- No sé, no me acuerdo. Hace poco.

PADRE.- ¿No te parece que está un poco enamorado de vos?

HIJA.- No... somos amigos.

PADRE.- ¿Nunca te dijo nada?

HIJA.- No. Basta papá. ¿Por qué tantas preguntas? Mamá y vos dormían y yo no tenía sueño, no los quería despertar y por eso salí.

PADRE.- Bueno, ahora sí me dio un poco de sueño, por fin, ¿me hacés un lugarcito ahí con vos?

HIJA.- A mamá no le gusta dormir sola.

PADRE.- Es que se mueve mucho y cuando me acuesto se me va el sueño.

HIJA.- Bueno dale, vení.

PADRE.- ¿Me podés leer otra parte?

HIJA.- Algo cortito así dormimos.

PADRE.- En la 203 subrayé algo.

HIJA.- A ver... Bueno, no sé de dónde viene pero dice “Cuidado con las lecturas, hijo, a mí me inficionaron, me marearon. La lectura a veces trastorna los sentidos. Cuando uno lee a un hereje se vuelve hereje, pero si uno leyera a Dios no se volvería Dios. Ése es el principal problema de la cultura, Pietro. A veces la ignorancia es mejor. Salvaguarda, cura, opaca”.

Él murmura al unísono de la lectura.

PADRE.- “La lectura a veces trastorna los sentidos. Cuando uno lee a un hereje se vuelve hereje, pero si uno leyera a Dios no se volvería Dios. Ése es el principal problema de la cultura, Pietro. A veces la ignorancia es mejor. Salvaguarda, cura, opaca”.

HIJA.- Te lo sabés de memoria.

PADRE.- ¿Podemos leer una cosa más?

HIJA.- Si es así cortita sí.

PADRE.- En la 102.

HIJA.- “Se ha perdido la razón en estas tierras, si es que alguna vez la hubo. Y no es que seamos un territorio mágico; es que la extensión es tan grande, las distancias tan largas, la soledad tan cósmica y la naturaleza humana tan minúscula que el resultado sólo puede ser una nación de tarados, tutti pazzi ammutinati”.

Al unísono.

PADRE.- “Tutti pazzi ammutinati”.

CAPÍTULO DOS

La extraña familiaridad

HIJA.- Ppr.

La odio me tiene harta harta harta me tiene, la odio, la odio, la odio, ojalá que un día pierda la llave y no pueda entrar nunca más a esta casa, yo no le voy a abrir si vos le quisieras abrir la puerta te cortarí la mano, ojalá que a ella le corten las dos manos y que no pueda nunca más abrir una puerta, ni trabajar, ni nada, la odio.

Ppprrr.

Escucho los pasos de ella caminando por el pasillo como si fuera una pesadilla:

Prac, prac, prac, prac.

Siempre apurada despertando a todo el mundo, no soporta que la gente duerma, que descansemos, que durmamos., debe ser por eso que vos no podés dormir nunca, con los gritos que pega a la noche no entiendo cómo podés seguir siendo su marido, hasta dormida te reta encima, es una pesada.

Prac prac prac prac.

Ojalá que un día no se despierte más de esas pesadillas horribles que tiene todas las noches, que duerma el mes entero y que se la pase sufriendo como sufre cuando sueña, o mejor, que su vida se convierta en esas pesadillas horribles, que le pase todo lo que sueña y que se quede afónica de tanto gritar, que nunca más le salga la voz, que nunca más nos diga nada.

Prac prac prac prac.

Un pato parece con esos zapatos de goma horrible que usa que encima los pinta ella y piensa que son los zapatos más lindos y más cómodos del mundo pero que hacen ese ruido hartante quemasesos que cada vez que atraviesa ese pasillo me parece que me voy a morir.

Prac, prac, prac, prac, prac.

“Hija, me voy a trabajar, vos encárgate del almuerzo porque yo no voy a tener tiempo, sino comeremos fideos de nuevo, o lo que sobró del domingo que todavía hay un montón. Bueno, sabés qué, hacé lo que quieras, pero para mí con una ensaladita está bien, me cortás un tomatito, y me rallás una zanahoria que yo con eso estoy bien”.

Prac prac prac

“¡Ah! Y colgá la ropa antes de que llueva de nuevo. Por favor hija eh, no quiero llegar a la una y que todavía estés durmiendo”.

Prac prac prac prac.

Y cómo no voy a estar durmiendo si no me dejó dormir en toda la noche la insoportable y lo de la zanahoria me lo hace a propósito porque sabe que odio rallar zanahoria para mí la zanahoria ni siquiera le gusta a la forra. ¡No la soporto más! Espero que además de las manos le corten las piernas. Todo esto yo se lo diría en la cara así tal cual es más cuando vuelva se lo digo pero así sin cambiar nada de nada con las mismas palabras.

No entiendo cómo no decís nada vos, nunca me das la razón, no sé por qué siempre querés quedar bien con ella retándome cuando ni siquiera sabes ni por qué, si en realidad ella está con vos porque te tiene lástima, porque quedaría muy mal divorciarse de un ciego, por eso no te deja. ¿Qué me mirás así? Si es verdad. Uy perdón. Perdón, perdón. No, no, no, no llores papá. Perdoname. Hey. Levantá la cabeza. Dale. Papá. A ver. Dale. Pa. Ya está. A verte. A ver. Hey. De nuevo la luz. ¿Qué le pasa a esta casa que se vive cortando? ¿Somos nosotros o pasa en todos lados? Bueno, pa. Ya está. Perdón. Me re arrepiento. Dije eso porque estoy enojada nada más, no es que sea así. Ella te ama muchísimo. Enserio. Te ama mucho enserio. Yo también. Yo también te amo muchísimo. Decime algo papá. Hablame. No llores más. Estuvo muy mal lo que dije. A veces no mido lo que digo. Me vuelvo una bestia. Me voy de boca. No es verdad además. Yo ni siquiera la odio tanto. Hasta te diría que la quiero. ¿Vos la querés? Mamá me dijo que vos nunca le dijiste te amo. Que siempre le decís yo también, pero nunca pronunciás las dos palabras así: te amo. Es muy raro que en veinticinco años de casados nunca le hayas dicho te amo. Vos hablás poco papá. Siempre

decís que las cosas se demuestran con actos y no con palabras pero a veces son necesarias las palabras. Vos solamente decís lo que te conviene. Yo tampoco me acuerdo que me hayas dicho alguna vez algo así tierno. Hablas muy poco. Siempre con frases cortitas. Además cuántas cosas hay para hacer en un matrimonio que demuestre el amor. Todos los días es medio lo mismo. El único acto es que te seguís quedando. Bueno, no es nada fácil quedarse igual. Vos sí la querés, ¿no? Yo te recomiendo que si la querés se lo digas, yo preferiría que me lo digan. No sé, creo que es importante. O capaz no. Hay un montón de gente que se dice te amo te amo te amo y no pasa nada. Pero yo que vos se lo digo. Si no te animás por lo menos ponéselo en una tarjetita. Eso podés hacer para el aniversario que viene, le podés regalar un ramo de rosas que eso es un acto que demuestra amor y ahí en la tarjeta le ponés te amo. Así solito se lo pondría yo. Que quede bien remarcado. Y grande escribilo. Que lo vea de lejos, no lo pueda creer y se tenga que acercar y poner los anteojos para ver si es verdad. Yo creo que si hacés eso ella no te va a dejar nunca. Igualmente no creo que te deje. Pero para asegurarse. No sé. ¿Y a mí me querés? Está bien, si no te animás no me lo digas. Pero un día sería lindo encontrarme una tarjetita yo también. Las rosas no me hacen falta a mí, la tarjetita sola está bien. ¿Y ahora? ¿Qué me dirías ahora? Cualquier frase es buena. ¿Nada?

De repente vuelve la luz. Ella se ubica en el borde de la cama con las piernas abiertas. Sobre una de sus rodillas apoya un acordeón. Cuando ella lo abre y lo cierra se escucha el aire que entra y sale del fuelle, como si el instrumento respirara por ella. De a una se escuchan salir notas sostenidas del acordeón hasta que se empieza a identificar la cadencia del chamamé. Empieza a cantar con un hilo de voz débil y suave.

HIJA.- Hay sangre en tus ojos,

hay miedo en tu boca que no dice

y en tus manos que no tocan

hay amor.

Tus ojos que no ven

se abren grandes,

porque la luna a esta hora encandila

y no hay donde esconderse.

Mis pulmones

te gritan con las últimas fuerzas,

tus oídos me escuchan.

De mi boca sale un ruego,

no son palabras

vos lo entendés.

Abrís los brazos

y me dejo caer,

sin dudas y con una sonrisa.

Vos me llevás por tierras seguras.

Ahora somos más fuertes,

la luna llena

nos transforma en lobos.

PADRE.- ¿La inventaste vos?

Ella asiente sin hablar.

PADRE.- El silencio a veces es el mejor de los discursos.

HIJA.- Me duele la panza papá. Es como un pinchazo en el estómago. Me parece que es por la culpa. ¿Te acordás cuando viajamos a Córdoba a operarte de los ojos? Ya te habían operado como treinta veces. Yo ya estaba acostumbrada a tu posición horizontal, a las gotas que había que ponerte cada 15 minutos, a verte con los ojos vendados y a charlarte varias horas hasta que te durmieras. Sobre todo, me había acostumbrado a tu sufrimiento silencioso. Porque vos nunca te quejás ni del más doloroso de los dolores.

Cuando te recuperaste me acuerdo que vos tenías que volver a casa y yo me tenía que quedar, no me acuerdo por qué. Ese día te llevé a la terminal, nos despedimos con un abrazo, te bajaste del auto, bajaste tu valija y te fuiste caminando solo. Yo me quedé mirando desde el auto cómo caminabas hasta la puerta de ingreso a la terminal y me imaginé cómo llegabas hasta la plataforma casi sin ver. Tengo la imagen de ese día grabada en la retina del ojo. Cada vez que esa imagen se me aparece me duele la panza.

Ese día recién me di cuenta de que ya casi no veías nada. Y me dio miedo de que no llegues al colectivo. No me gusta que no veas, no me gusta verte así. Pero lo que más me molesta de eso es que nunca más me vas a poder ver actuar. Y me siento una egoísta. Es una estupidez que piense en eso. Cómo lo peor de que no veas va a ser que no me puedas ver a mí. Es un pensamiento estúpido. Pero no puedo dejar de pensar en eso. Vos que me gestaste, no vas a poder ver nunca lo que yo vaya a gestar. Es lo que más me duele y eso me hace sentir mucha culpa. Y todavía siento culpa por haberme quedado ahí sentada inmóvil en el asiento del auto mirando cómo caminabas solo hasta el colectivo. Perdón. Soy una egoísta, perdoname. Yo quiero que vos me pidas ayuda, que no te calles, que te quejes, por favor no te quedes callado. Gritá, decime que necesitás ayuda, por favor no te calles. Solamente necesito que me lo digas, que me digas cuando me necesitás, no te las arregles solo, no me gusta no saber cuando me necesitás. Por favor, pedime que te ayude. Por favor, por favor. Yo quiero poder ayudarte. Acá estoy, al lado tuyo, todo el tiempo. Dejame ayudarte. Por favor te lo pido. Pedime que te ayude.

El padre con cuidado, le saca el acordeón que tenía todavía aferrado entre sus manos y lo deja en el suelo. Se le sienta al lado, cerquita, pierna con pierna. Con un dedo y dos movimientos le alcanza para secar las lágrimas que inundaban la cara de su hija. Con

ternura le da un beso en la frente. Después otro en la nariz. Y otro en los labios. Ella que tenía los ojos cerrados ahora los abre de par en par.

PADRE.- Necesito hacer esto.

Le da otro beso en los labios.

HIJA.- ¿Qué estás haciendo?

PADRE.- Te beso.

HIJA.- Esperá papá.

PADRE.- Tranquila.

HIJA.- Yo creía que...

PADRE.- Sshh... No hables.

HIJA.- ¿Y mamá?

PADRE.- Con tu mamá ya no nos amamos hace mucho.

HIJA.- Pero nos puede ver.

PADRE.- El peligro de que nos vea hace que tus piernas sean todavía más hermosas y tu ropa todavía más molesta.

Él le acaricia los pómulos teñidos de un rosado intenso, desciende deslizado sus dedos por el cuello, pasando por debajo de la remera hasta llegar a su pecho y siente su pezón, pequeño pero firme. Ella se muerde los labios, duda pero lo deja hacer. Él con su otra mano recorre despacio el camino que va desde la rodilla hasta la entrepierna y suavemente se pierde dentro de la bombacha. Siente un escalofrío y de repente nota que su pantalón está a punto de explotar. De un impulso agarra la mano de su hija y la entierra con firmeza en su carne. Ella lo mira en una completa quietud, nunca lo había visto de esa forma. Con un dedo le acaricia sus labios, él lo muerde, lo chupa. Ella se deja caer hacia

atrás sobre el libro que leía, pero no se da cuenta, o no le importa. Él se para frente a ella, se arranca el cinturón y desabotona su pantalón, con rapidez le levanta la remera y le desliza la bombacha por las piernas hasta que por fin cae al suelo y de un solo movimiento la penetra. Ella está a punto de gritar pero él la calla hundiéndole la lengua en la boca. La hija le clava las uñas en la espalda, le muerde el cuello, lo aprieta contra su cuerpo, lo envuelve con sus piernas. Él la penetra desahogado, repetidamente, violentamente. Agitados, los dos gimen rítmicamente y llegan al punto en que el aire deja de entrarles a los pulmones y llegan al final como se llega a la última página del mejor de los libros y uno se queda acostado mirando el techo. Después de unos minutos, ella le pregunta:

HIJA.- ¿Esto es real?

PADRE.- ¿Vos que pensás?

HIJA.- Es como si todavía no me hubiera despertado.

PADRE.- ¿Un sueño o una pesadilla?

HIJA.- Papá, ¿vos por qué te casaste?

PADRE.- La verdad es que tu padre es un tonto. Me casé porque soy un imitador social que respira porque los otros respiran. Pero te tuve a vos y por eso voy a agradecerle a tu madre toda la vida. Y ahora, no sé, pero siento como si no te conociera. Aunque te vi nacer es como si no te hubiera conocido nunca. Y el amor se me vuelve más concreto. En el tiempo que tardo en tocar tu pelo desde la raíz hasta las puntas, el amor se vuelve cada vez más concreto. Nunca había sentido el amor así. No sé si me entendés. Como si el amor tuviera materialidad, como si se pudiera tocar.

HIJA.- Yo me acabo de dar cuenta de que me olvidé de la culpa tenía.

PADRE.- ¿Vos también escuchaste la puerta?

HIJA.- Sí.

PADRE.- Se te puso la cara blanca.

HIJA.- Siento el corazón en la garganta.

PADRE.- Vamos a tener que vestiros.

HIJA.- Una pesadilla.

CAPÍTULO TRES

Un sueño profundo

Corte de luz.

HIJA.- ¿No te gustaría que nos escapemos?

PADRE.- ¿A dónde?

HIJA.- No importa dónde.

PADRE.- Yo siempre quise conocer Paraguay. La gente ilegal siempre va a Paraguay. Sería como una aventura. Nos tomamos la balsa a Goya, ahorramos algo de tiempo y de ahí seguimos. No es lejos. Y es barato.

HIJA.- ¿Nosotros somos ilegales?

PADRE.- Supongo. No sé.

HIJA.- Sería lindo viajar juntos, los dos. Hace mucho que no viajamos. No sé por qué cuando éramos más chicas siempre nos llevaban a Santa Fe.

PADRE.- Allá ibas al médico.

HIJA.- Me acuerdo del túnel de Santa Fe. Con la Juli jugábamos a aguantar la respiración cuando pasábamos por un túnel. Ni bien entrábamos a la oscuridad había que inflar los cachetes y taparse la nariz para asegurarnos de que ninguna hacía trampa. Yo siempre ganaba, como estoy acostumbrada a vivir con poquito aire me las aguanto bien, ese de Santa Fe me encantaba porque era larguísimo, era todo un desafío. Una vez lo logré. ¿Y cuando fuimos de vacaciones a Cuesta Blanca? Me acuerdo de tu cara, tenías una alegría. Y brillabas, brillabas mucho porque tenías pegados por todo el cuerpo esos pedacitos de piedra, esos pedacitos que brillan y después cuesta un montón despegárselos. Ahora estás

más viejo. Pero estás más lindo. Te quedan bien las canas. Era lindo cuando íbamos al río, a vos te gustaba, la pasábamos lindo.

PADRE.- Cuando me quedé ciego dejamos de viajar.

Vuelve la luz.

HIJA.- Ahora vamos a volver a viajar, los dos juntos y yo te voy a ayudar a ver. Te voy a hacer ver todo y con todos los detalles. Vas a distinguir las cosas y sus límites, las formas y los colores. También voy a hacerte ver lo que no querías ver. Las cosas más horrorosas y terribles que pasan a la vista de todos pero que nadie parece ver. Yo te voy a hacer ver más que nadie, te voy a dar los ojos del águila que desde lo más alto de la montaña puede ver un ratón escabullirse. También voy a enseñarte a mirarme y me vas a ver como nadie me vio nunca, con todas mis capas y mis pliegues, con todas mis contradicciones, vas a ver mis secretos más íntimos y hasta las cosas que hasta a mí misma me oculto. Al final vos vas a ser el que me ayude a verme.

PADRE.- Vos siempre fuiste mis ojos.

HIJA.- Alguien me dijo hace poco que la poesía siempre está fuera de los parámetros de la ley.

PADRE.- No entiendo.

HIJA.- Y... yo me imagino que una obra de arte en la que no pasa nada fuera de lo legal debe ser muy aburrida.

PADRE.- ¿Nosotros dos seríamos poesía?

HIJA.- El amor es poesía.

PADRE.- No sé si termino de entenderlo.

HIJA.- Nosotros podríamos hacer una obra de teatro y contar nuestra historia.

PADRE.- Pero nuestra historia es oscura.

HIJA.- A mí me gusta nuestra oscuridad.

PADRE.- Pero ¿para qué serviría hacer una obra de teatro con nuestra historia?

HIJA.- No sé, pero sería lindo. En vez de escucharla sin ver como hacés siempre, vas a poder sentirla mientras actuás conmigo.

PADRE.- Yo no sé actuar.

HIJA.- Podríamos bailar un chamamé. A mi me gusta bailar con vos. Para bailar no hace falta ver, eso ya lo sabés. Empezamos despacio, nos acercamos, me agarrás primero una mano, después me agarrás la cintura, y nos movemos medios tímidos, suavemente, para ir ganando confianza, de a poquito nos va entrando el ritmo y vamos pegando saltitos, del suelo al cielo, como si fuera una ola que se arrastra en la arena y se eleva para volver a caer. No sé qué pensás vos, pero para mí el chamamé tiene la cadencia del río. Y mejor todavía si se baila con los ojos cerrados y bien pegados, no hace falta mucho espacio para bailarse un chamamé. ¿Sabías que la palabra chamamé viene de che-ama-mí o che-amamê? Bueno, dicen que no se sabe bien, que hay muchas opiniones sobre el origen pero esas dos me gustaron. Che amame. Es lindo.

PADRE.- Bueno, ahora dormí, descansá, yo te cuido como siempre. Dormí tranquila.

Luego de unos minutos, la respiración de ella se vuelve más profunda. Se durmió. El padre le besa la frente, le acaricia el pelo, de la raíz a las puntas. Con cuidado le levanta la cabeza y le saca la almohada. Ella parece despertarse, pero no. En unos segundos vuelve a entrar en su sueño profundo. Él le da otro beso, esta vez en los labios. Con suavidad, apoya la almohada sobre su cara y aprieta. Debajo de sus manos percibe pequeños movimientos. Él sigue apretando y los movimientos se vuelven cada vez más grandes. Él no deja de apretar. Sigue apretando y apretando. No es necesario hacer demasiada fuerza. Con sólo entregar su peso es suficiente. Apretar y esperar. Hasta que llega la calma. Sin separar las manos de la almohada él comienza a llorar. Lloro con la misma tensión que tienen sus manos. Hasta que se deja caer al lado de ella. Le descubre la cara y se la llena de besos.

PADRE.- Perdón, perdón. Perdoname. Perdón. No había otra forma. No había otra salida. Perdón. Te amo, te amo, te amo. Te amo. Te amo, te amo. Mirame. Mirá en el hombre que me convertí. Vos me convertiste. Soy un asesino. Quién hubiera dicho. Preferí ser asesino antes de que se supiera todo. Por más horrible que sea ser un asesino, ahora me define. Prefiero que me vean así.

Se pone de pié. Mientras habla selecciona los libros más pesados de la biblioteca y los acomoda en dos grandes pilas.

PADRE.- Nuestro proyecto era imposible. Los dos sabíamos que era imposible. Yo sé que vos lo sabías. Nos tiramos de cabeza al piso. Vos me entendés. Uno de los dos tenía que morir. Vos sos como estos libros: tengo todos los que tengo, pero no los puedo leer. Siempre te tuve cerca pero nunca como yo quise, y cuando pude tenerte así se tuvo que terminar. Parece que me gusta lo imposible. Porque nosotros acá encerrados hubiésemos sido muy felices, pero la gente se entera, de alguna forma siempre se entera y habla de lo que no sabe. La gente es muy jodida. No me hubiera gustado verte sufrir. La gente le tiene miedo a la muerte, pero yo creo que no puede ser más grave que la vida. Muchas veces la muerte es la mejor solución. Tarde o temprano nos llega a todos, así que no se por qué tanta vuelta, tanto esfuerzo por postergarla. Los padres siempre queremos lo mejor para nuestros hijos. En eso la gente tiene razón. Es así. Yo siempre quise lo mejor para vos. Lo mejor era que mueras. Era necesario. Puede ser que no lo entiendas, pero la muerte fue tu salvación. Vos nunca ibas a tener la fuerza para matarme. Matar no es fácil. La gente no piensa en eso. Siempre se piensa en el muerto, pero en el asesino nunca. Hay que poder soportar lo que se viene ahora. Vos no ibas a poder. Para eso hay que ser fuerte. Es así. Siempre sobrevive el más fuerte. Quién hubiera dicho que alguna vez yo iba a ser el más fuerte. Es gracioso. Me gusta la forma en que te maté. Lo pensé bien. Hasta pensé que me gustaría que tu cuerpo desaparezca en el río. Te voy a llevar al Paraná. Ahí donde aprendiste a nadar y también donde casi te ahogás. Vos sos un poco como el río, profunda y por momentos turbia y con correntada, que te llevás todo por delante. Como en el río en vos también viven muchos seres, con muchas caras, algunas de las más extrañas. Pero es lindo cuando estás calma y se te puede ver bien en el fondo. Vas a desaparecer en el río casi sin dejar huellas. Qué

extraño. La persona que más marca me dejó, va a desaparecer sin rastros. Para eso son las pilas de libros, si te las ato a los pies tu cuerpo se va a hundir. No me gustaría que después aparezcas flotando por ahí y que alguien te encuentre y que te saquen fotos y aparezcas en la televisión y en los diarios. No. Lo pensé bien. Ahora estoy más tranquilo. Hablarte me tranquiliza. Tengo sed. Voy a arreglar el mate. Pongo la pava y vuelvo.

Él se va y no queda nada para ver más que el cuerpo inerte que tendido en las sabanas blancas se asemeja a un cuadro renacentista. Un cuadro suspendido por unos minutos hasta que vuelve el padre con los mates listos.

PADRE.- Me agarró hambre también, me voy a abrir unas galletitas. Me da un poco de impresión comer adelante tuyo acá, pero bueno. Está pesado el clima. Como siempre nomás. Ya hasta me acostumbré a quejarme del calor. Mirame, todo transpirado. Me debería cambiar la remera, estoy hecho un asco. ¡Ay! Me picó un mosquito. Odio los mosquitos. A veces ni hambre tienen, te zumban en la oreja de aburridos, para molestar nomás, hincha bolas. La naturaleza es jodida a veces. Ayer, así de repente, cayó un chaparrón. Estaba todo despejado y de repente, ¡PUM! Se llovió todo. No se puede prever nada así, no se puede hacer ni un plan porque de repente se te cae el cielo encima. Es jodida la naturaleza. Me parece que tiene algo en contra mío. Mirame, todo empapado. Perdón, ¡qué vergüenza! Es que además hay mucha humedad. Me vendría bien una ducha... ¡Hay mucho que lavar! Mientras ponía la pava me puse contento. Me alegra que hayas muerto así. Estuvo bien mi decisión. Moriste sin derramar una gota de sangre. No me hubiera gustado verte sangrar. Nunca me gustó verte la sangre. Cuando eras chiquita y te golpeabas, yo te veía la sangre y me volvía loco, y vos llorabas por mi culpa. Al final siempre te ayudaba tu mamá. Yo no podía hacer nada. No te podía ver sangrar. Tu sangre me da impresión. ¿Sabés que pienso? Que matarte fue el acto de amor más grande que hice en mi vida. Lo hice porque estoy seguro de que era lo mejor para vos. Aunque me duela. Aunque ahora no pueda parar de pensar qué voy a hacer sin vos. ¡Ahora quién me va a comprar mis galletitas preferidas! Igual, no te vas a ir sin que bailemos un chamamé. El último. Vení, vení acá conmigo. Yo te agarro. Tranquila, no te voy a dejar caer. Te prometo que después te ato los libros y te dejo ir en paz. A esta habitación me la conozco de memoria. Confía en

mí. No tenemos música pero yo puedo cantar algo. Te voy a cantar una de Tránsito Cocomarola, un clásico. No se si alguna vez te la había cantado. Bueno, ahí va. Sin mucha finura, pero bueno. Es lo que hay. Es para bailar un poquito, nada más. De despedida. Así podría terminar tu obra. Con una despedida.

Igual que la luna brillan tus ojos
y el verde divino de tu mirada
me da la esperanza mi bien amada
de poder colmar mis raros antojos

Quisiera brindarte un jardín de rosas
para que las riegues con tu ternura
y siempre conserves esa frescura
y ser entre todas la mas hermosa

en los paisajes veo mi cielo,
verdes y claros como tus ojos
y en tu carita tus labios rojos
que son culpables de mis desvelos

si comprendieras cuanto te quiero
no dejarías ni un solo instante
que yo sufriera siendo tu amante
y enamorado que por ti muero.

A medida que transcurre el baile, la luz se intensifica hasta encandilar.